

MELISSA BLAIR

LA
ASESINA
DEL REY

SAGA SANGRE MESTIZA

Besties
Books

MELISSA BLAIR

LA
ASESINA
DEL REY

TRADUCCIÓN DE JUANA SILVA



Título original: *A Broken Blade*

© Melissa Blair, 2021

Publicado originalmente en 2022 en Estados Unidos por Union Square & Co., LLC, una subsidiaria de Sterling Publishing Co., Inc., bajo el título A BROKEN BLADE

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con Union Square & Co., LLC, una subsidiaria de Sterling Publishing Co., Inc., 33 East 17TH Street, Nueva York, NY, EE. UU., 10003

Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent SLU

www.uklitag.com

© por la traducción, Juana Silva Puerta, 2024

© Editorial Planeta Colombiana, S. A., 2024

© De esta edición, Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

© *del mapa*, Karin Wittig

© de las imágenes del interior, Shutterstock

Primera edición: julio de 2024

ISBN: 978-84-270-5303-8

Depósito legal: B. 10.876-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.





Tení diecisiete armas ocultas por todo el cuerpo, cualquiera de ellas más que suficiente para matar al hombre que tenía enfrente. Los dardos de acero que llevaba escondidos en la ropa de cuero le asestarían un golpe mortal incluso antes de que me viera mover el brazo. Las espadas gemelas que tenía cruzadas en la espalda serían más lentas, pero él era mortal. Humano. No podría escapar de mí.

Aunque cualquiera de mis armas serviría, sabía que su vida terminaría gracias al filo de la daga de color rojo sangre que ocultaba, enfundada, en el muslo. Solo era cuestión de envolver los dedos alrededor de la empuñadura de hueso y asestar el golpe.

Pero no podía matarlo hasta conseguir lo que necesitaba.

—Por favor —susurró a través de los labios hinchados. Una mirada suplicante, enmarcada por el ojo morado que le había regalado hacía una hora, se encontró con la mía—. ¡Ya le he dicho todo lo que sé!

—Has sido más servicial que la mayoría de las personas que interrogo —le confesé. Muchos de mis objetivos esperaban hasta que derramase la mitad de su sangre antes de derramar ellos sus secretos. Este hombre había cedido después del tercer golpe. Apenas se retorció cuando lo ató a la silla.

—¡Haría cualquier cosa por el rey! ¡Lo que fuera! Solo déjeme ir, por favor. —Sus últimas palabras salieron como un gemido patético. Debería haber sabido que este era de los que lloriqueaban.

—El rey solo requiere una cosa más de ti antes de que te extienda su misericordia —le respondí, con la mano derecha sobre la empuñadura blanca de mi daga.

—Lo que sea. —Se le quebró la voz y unas líneas de lágrimas calientes le recorrieron las mejillas mientras se balanceaba hacia delante y hacia atrás.

—Un nombre.

Di un paso hacia él. Se encogió de miedo. Sus grandes ojos marrones se movieron de mi cara a mi mano y de vuelta.

—Ya se lo he dicho. Se llamó a sí mismo la Sombra. Se ocultaba bajo la capucha de su capa. ¡Es todo lo que sé!

Se inclinó hacia delante, luchando contra las cuerdas con las que tenía atado el torso. Sus gruesas venas, tensas contra el cuello, palpitaban casi tan rápido como su respiración. Sabía lo que sucedía cuando la Espada terminaba de hacer sus preguntas.

—Ese nombre no —susurré. No necesitaba más información para el rey. Ese nombre era solo para mí.

—¿Qué nombre? Le daré el nombre que quiera —dijo. El sudor se le acumuló entre los dispersos pelos del bigote.

Necesitaba terminar con aquello. Estaba siendo cruel.

—Tu nombre —le aclaré.

Todavía me miraba fijamente, pero se le desenfocaron los ojos cuando se desplomó contra el respaldo de la silla. Tragó saliva.

—¿Por qué?

Aquel era el momento que más detestaba. Cuando la determinación de una persona se disolvía y abrazaba su destino. Cuando aceptaba que yo la mataría. Las muertes sorpresivas eran mucho más fáciles.

Levanté la mano con gentileza hacia su barbilla e hice que me mirara de nuevo. Mi trenza marrón cayó hacia delante, acariciándole la mejilla.

—¿Qué tal un nombre por otro? Tú me das el tuyo y yo te doy el mío. —Era todo lo que podía ofrecerle. Una ilusión de control en sus últimos momentos.

Levantó las cejas y parpadeó. Me dio un solo asentimiento lento.

—Mathias —susurró—. Mi nombre es Mathias.

Recorrió mi rostro con la mirada, a la espera del mío. Un destello de curiosidad reemplazó su temor.

—Mathias... —dije, desenvainando mi daga con un movimiento rápido—. Mi nombre es Keera.

Le corté la garganta antes de que pudiera decir una última palabra.



La Sombra. No sabía desde cuándo había comenzado a susurrarse su nombre por todo Elverath, pero quedaba claro que se estaba ganando una reputación. Y no solo

entre los mercaderes de pescado de Desembarco del Mortal. Había escuchado su apodo entre cuchicheos por todo el reino. Adondequiera que fuera cuando cazaba enemigos de la Corona, su nombre surgía en conversaciones que espiaba en tabernas o callejones, siempre con una reverencia temerosa que me hacía sentir incómoda. Había pasado mucho tiempo desde que alguien se había atrevido a actuar contra el rey, si eso era lo que esta Sombra estaba haciendo.

Saqué el corcho de una botella de vino de la noche anterior con los dientes y lo escupí en el suelo del carruaje que me llevaba rumbo a Koratha, la capital de Elverath. Me tragué el amargo néctar mientras el cochero me conducía hacia la muralla exterior de la ciudad circular. Aunque una suave muselina cubría las ventanas, aún podía ver los cuerpos borrosos que colgaban del muro de piedra. Mortales que habían cometido asesinato o traición. Mestizos que habían tenido las agallas de ignorar una orden. Cualquiera que hubiera violado uno de los decretos. Sus cuerpos se quedaban ahí, colgando, hasta pudrirse. Esa era la forma preferida de comunicación del rey. Un mensaje para todos aquellos que se preguntaran si podían desafiar su mandato.

Ningún mortal estaba por encima de la Corona y los mestizos eran prescindibles.

Yo lo sabía muy bien. Mi trabajo consistía en rastrear criminales y enemigos de la Corona. Algunos de ellos eran mortales; la mayoría eran mestizos que trataban de evadir el servicio del rey ocultando su sangre élfica. Los que parecían suficientemente humanos podían vivir durante años sin ser reconocidos, pero al final su engaño quedaba al descubierto. Un vecino entrometido comenzaba a sospechar, alguien notaba sus orejas pun-

tiagudas o sus reflejos más rápidos de lo normal o, peor aún, sufrían algún corte y se revelaba el color ámbar de su sangre, que era la marca de la abominación, de ser parte mortal, parte elfo.

Arrastré un dedo por el borde de mi daga, sabiendo que esa misma sangre me corría por las venas. Todos los mestizos eran propiedad del monarca y estaban obligados a servirle. Mi mejor manera de hacerlo era por medio de la muerte.

Odiaba estar en la capital, pero no podía posponerlo más. Debía tener otra audiencia más con el rey para decirle que el enemigo había recibido su castigo, pero que había mencionado a esa esquiva Sombra. Aquel pescador era la tercera persona en tres meses que había intercambiado secretos con la amenaza enmascarada. Ninguno de ellos conocía su nombre. Ninguno de ellos le había visto el rostro. Una parte de mí quería creer que la Sombra no era más que un mito, pero incluso yo me había cruzado en su camino alguna vez. La Sombra era real; se ocultaba tras una capa negra para esconder su identidad de aquellas personas que podrían matarlo.

Personas como yo.

La Sombra me robaba el sueño. Ni siquiera disfrutaba de mi vino por las noches porque no podía dejar de pensar en el hombre que se escondía bajo la capucha. Como la Espada del rey, yo era la asesina y espía más hábil del reino, así que debían ser mi nombre y mi capa los que infundieran miedo a los campesinos y a los crueles nobles. Ahora, en cambio, hablaban en susurros sobre esta figura anónima.

Incluso el rey estaba empezando a notar los rumores. Los nobles y los sirvientes hablaban de la Sombra entre dientes por todo el palacio. Las cortesanas y las donce-

llas debatían sobre quién se escondía bajo esa capucha. Los guardias discutían acerca de las motivaciones de la Sombra. Todo el mundo se preguntaba si el hombre envuelto en penumbras era siquiera un mortal. Tal vez la Sombra era más traicionero de lo que parecía. Tal vez era un elfo perdido desde hacía mucho tiempo que buscaba vengarse del rey por matar a los de su especie. Tal vez los fae oscuros del oeste finalmente habían decidido usar su magia contra la Corona. O tal vez era un mestizo, obligado a esconder su rostro o sufrir las consecuencias de desafiar los decretos.

La verdad era que nadie sabía la respuesta, ni siquiera el ejército de espías que el rey mantenía bien entrenado y financiado. Como yo era la cabeza de ese ejército, al rey no le haría gracia que, una vez más, hubiera regresado con las manos vacías. Un espasmo me recorrió los hombros. Prefería trabajar tan lejos de su vista como fuera posible, pues tener los ojos de la Corona clavados en la nuca era peligroso. Debería saberlo, ya que soy la persona a quien la Corona envía a cortar esos cuellos.

El carruaje atravesó la ciudad y llegó a la muralla interior que protegía el palacio. Era una magnífica creación de piedra blanca, construida como si las mismas rocas se hubieran ramificado en tres torres y tallado las recámaras de aquellos que las habitaban.

Fae. Ellos habían construido esta casa milenios atrás. Había sido el hogar de los fae de la luz, una raza mágica que llevaba ya mucho tiempo extinguida. Cada una de las tres torres se encontraba coronada por cámaras de vitrales con techos de más de tres pisos de altura. El cristal estaba rodeado de enredaderas que se espesaban bajo la luz de los dos soles. Cuando ambos astros brillaban a través de las cimas de las torres, los tonos de oro,

violeta y plata caían en cascada sobre las paredes de los bordes exteriores.

Para cuando llegamos a la entrada del palacio, ya había despachado la mitad de mi botella de vino. Suspiré al escuchar los lentos crujidos de las puertas de hierro siendo empujadas por los guardias. No tendría tiempo de terminarme la bebida antes de que me llamaran a la sala del trono. Quizá era lo mejor, pues la cabeza llevaba dándome vueltas desde la noche anterior.

Un guardia abrió la puerta del carruaje y yo me ajusté la capucha para protegerme el rostro. Él sabía que no debía ofrecermela mano para ayudarme a bajar. Podía ser la Espada del rey, pero sin duda no era una dama. En Elverath ni siquiera me consideraban una mujer. Aquellos que se molestaban en dirigirse a mi especie me llamaban igual que a todas las mujeres de sangre élfica: «hembras».

Ante los ojos del monarca, los mestizos tenían sangre sucia, parte mortal y parte animal, así que llamarnos por nuestro sexo era solo otra manera de solidificar la distinción entre nuestras especies. Nuestra esclavitud era para el bien de todos; los mestizos ni siquiera eran humanos. El guardia se alejó de la puerta. Ningún hombre mortal se dignaría a tocar a un mestizo. Además, tocarme era peligroso porque me habían entrenado en más de treinta formas de torturar a un hombre con mis propias manos hasta hacerle pedir su propia muerte a gritos.

El guardia retrocedió aún más, como si sintiera mis pensamientos. Yo sonreí antes de saltar del carruaje y aterrizar en la tierra. Llevaba los cordones de mis botas de cuero cubiertos de barro por los días que me había pasado cabalgando, y mi ropa se encontraba igual de

desaliñada. Sopesé retirarme a mi dormitorio para cambiarme, pero una de las espías reales me estaba esperando en la puerta interior con el claro objetivo de escoltarme.

Era una penumbra, una de las fuerzas de élite de hembras mestizas que el rey había entrenado para que hicieran su voluntad. No estaba segura de quién era ella y no me importaba demasiado. Cualquiera podía estar escondida bajo esa capucha. Podía ser alguien con quien entrené en la Orden o una recién graduada. De cualquier forma, sabía que no era una amiga. Yo no tenía amigos. Y, si me decidiera a tenerlos, sin duda no elegiría a una penumbra.

—El rey está esperándola —me anunció una voz fría desde debajo de la capucha cuando disminuí la velocidad. Había bebido más vino del que pensaba. Sentía el cuerpo como si aún estuviera zarandeándome en el carruaje.

—¿Acaso no vamos ya a su encuentro? —le respondí con un tono punzante. No me hacía ninguna ilusión reunirme con el rey. Con toda seguridad se explayaría hablando sobre el comercio en declive mientras mi rodilla ardía contra el suelo de mármol. Debería haber tomado más vino.

La penumbra no respondió, pero movió los hombros. Me pregunté si estaría poniendo los ojos en blanco. De nuevo, no podía saberlo. La parte superior de su capucha tenía un corte largo y contenía una varilla flexible para proyectar siempre una sombra sobre sus rasgos. Era la misma capucha que yo llevaba y que había sido diseñada específicamente para mantener nuestras identidades en secreto, al igual que la túnica negra y los pantalones que ambas usábamos. Cuando me entrené

en la Orden, me dijeron que el uniforme era para protegerlos y hacer que fuera más difícil identificar a una penumbra en particular. Yo pensaba que era un recordatorio de que nuestras identidades no importaban, solo nuestro servicio al rey. Éramos prescindibles, como cualquier otro mestizo. Tal vez incluso más.

Lo único que nos distinguía a las dos era mi mayor altura y mi capa. A las penumbras solo se les permitía portar una capucha; una capa tenía que ganarse.

La penumbra tamborileó con los dedos contra sus brazos cruzados; le tembló levemente una pierna.

Yo suspiré y apreté el paso. Era mejor terminar pronto con la audiencia para poder retirarme por el resto de la noche.

Fuera de la sala del trono había dos guardias. Se veían minúsculos junto a las grandes puertas que ascendían hacia el techo arqueado, tres pisos por encima de nuestras cabezas. Aunque la veta blanca se había amarilleado con el paso de los siglos, las ramas y las hojas talladas en la madera contenían grandes paneles de vidrio pintado. Otra de las reliquias que habían dejado los fae de la luz que alguna vez habían recorrido estos pasillos.

—¡Aquí está!

Se me secó la boca cuando la voz profunda del rey retumbó en los pilares que bordeaban la sala del trono. Di un paso firme hacia el estrado. Aunque podía sentir su mirada perforándome la capucha, mantuve los ojos fijos en la pata adornada de su trono dorado. Me arrodillé frente a él y no me levanté. El estómago me dio un vuelco, pero no precisamente por culpa del vino.

—Cuéntame, ¿qué noticias llegan de Desembarco del Mortal? —preguntó.

Su voz tenía un tono alegre que hizo que se me acelerara el pulso. El rey agarró una copa de la bandeja que tenía al lado y la levantó hacia mí. El aroma intenso del vino élfico inundó el aire. Me palpitaba la cabeza y la sequedad me arañaba la garganta. Lo que fuera que hubiera bebido la noche anterior era orina de caballo en comparación con la colección de vinos finos del monarca.

—Su conjetura fue acertada, Su Majestad —dije.

Seguía arrodillada sobre el suelo frío, pero levanté la cabeza para mirarlo y me retiré la capucha. El cabello rubio le brillaba a la luz de las imponentes ventanas y la luz solar le enfatizaba las dos franjas plateadas que tenía sobre las orejas. Eran la única señal de envejecimiento que el rey se permitía mostrar.

—Efectivamente, el comerciante de peces que las penumbras descubrieron estaba haciendo tratos con criminales, uno de los cuales era la Sombra —continué, desplazando mi peso hacia los dedos de los pies en lugar de la rodilla—. Al final fue bastante servicial. Me dio los nombres de todas las personas con las que estuve involucrado. Me aseguraré de pasárselos al Arsenal para que las penumbras se encarguen de ello.

—Por lo que he oído, el Arsenal no ha sabido de ti en meses. —El rey levantó una gruesa ceja.

Incliné la cabeza. La bocanada de aire que inhalé me supo espesa.

—Su Majestad seleccionó a las mejores penumbras para destacarse sobre las demás. Confío en que las otras señoras se hayan comportado bien en mi ausencia.

Bajé la cabeza, esperando que eso fuera suficiente para apaciguarlo. Como la Espada, me encontraba a la cabeza del Arsenal y, por extensión, de las penumbras, pero el día a día me parecía agotador. ¿Por qué querría

dirigir a las cientos de espías que se encontraban repartidas por todo el continente? ¿O los campos de entrenamiento del otro lado del canal, los cuales forjaban a las iniciadas y las convertían en armas para la Corona? Las demás miembros del Arsenal eran mucho mejores que yo en eso. Así como yo era mejor que ellas en beber y asesinar. Era un trato más que justo.

El rey soltó una risa burlona y me dirigió una mirada por encima del borde de su copa. Unas pestañas gruesas enmarcaban un par de ojos verdes que se negaban a parpadear. Se me detuvo la respiración. Busqué en su rostro una señal de lo que estaba por venir, una leve sonrisa, unos labios fruncidos o unos dedos apretados contra el cáliz, pero no encontré ninguna. Había dominado el arte de esconderse tras una máscara mucho antes de que me convirtiera en su Espada.

—Levántate —dijo al fin, dándole un trago a su bebida.

Dejé escapar un suspiro; relajé los hombros. Me levanté con un movimiento rápido y me bajé del estrado sin decir una palabra. A nadie se le permitía estar por encima del rey.

—Entonces, ¿te las has arreglado al menos para conseguir su nombre? ¿El de esta Sombra de la que sigo oyendo hablar?

Devolvió la copa a la bandeja. Tenía las mejillas enrojecidas por el vino, pero su rostro había perdido ese brillo alegre de cuando había entrado. El corazón me latió aún más fuerte contra el pecho. El rey Aemon, el Corrupto, era conocido por sus repentinos cambios de humor, y era aún más peligroso cuando estaba molesto.

—No, Su Majestad, no lo conseguí. —Desvié la mirada hacia las líneas grises grabadas en las baldosas. No

era frecuente que volviera a la corte con malas noticias. No me habían ascendido a Espada por hacer mi trabajo a medias.

—¿Quieres decir que lo has dejado escapar de nuevo?

No había sido el rey quien había hecho esa pregunta. La voz pertenecía al príncipe heredero, Damien, quien ahora atravesaba despreocupadamente las puertas traseras que conducían a los aposentos reales. Dibujó una torcida sonrisa burlona en su rostro mientras se apoyaba contra la pared. Lo miré, notando que se había cortado el pelo, de modo que los rizos rubios que solía atarse hacia atrás se habían transformado en ondas suaves que le llegaban por encima de la oreja. Un nuevo corte de pelo en el príncipe podía inducir a las jóvenes de la corte a un estado de frenesí durante varias semanas. Damien se pasó a propósito una mano por la melena y arqueó las cejas hacia mí.

Me mordí los labios para no hacer una mueca.

—No lo he visto, Su Alteza —respondí, luchando por mantener la voz firme.

—Exacto. ¿De qué sirve una espada si no tiene a nadie a quien cortar? —Enfocó sus ojos de jade en mi espalda.

Moví los hombros hacia atrás y lo miré de frente.

—Mi misión era capturar e interrogar al comerciante de pescado, señor. Una tarea que he completado en la mitad del tiempo que me asignó el rey.

—Con respecto a la Sombra... —espetó Damien—. Era más que evidente que lo queríamos muerto. Creo que lo que pasa es que estás demasiado asustada después de haber perdido contra él en Volcar. ¿Quizá por fin has encontrado a un rival que te supera? —Recorrió con un aire desenfadado la habitación y se paró junto a su padre.

Apreté la mandíbula. La Sombra me había atacado durante una misión de exploración en la ciudad occidental de Volcar. Había sido algo inesperado, lo que en sí mismo era una especie de derrota, pero no me había vencido. Luchamos durante unos minutos antes de que él abandonara la pelea al saltar desde una azotea y aterrizar sobre una carreta en movimiento. Se escapó, lo que significaba que, en el mejor de los casos, era un empate. Aunque yo jamás empataba con nadie.

—Cuando nos volvamos a encontrar, será su fin —afirmé.

—Entonces hagamos oficial la tarea. No debes regresar a Koratha sin la cabeza de esa Sombra en una bolsa.

—Damien sonrió maliciosamente ante la orden.

El estómago me dio un vuelco.

—Si la Corona lo ordena —respondí.

A pesar de que me repugnaba la idea de hacer algo que complaciera al príncipe, quería a la Sombra. Quería vencerlo y asegurarme de que lo supiera justo antes de clavarle una espada en el vientre. Además, un nuevo fracaso y el rey me cortaría la cabeza.

—La Corona no lo ordena —intervino el rey, golpeando su cáliz contra el brazo del trono. Unas gotas de vino salieron disparadas al aire, regando el suelo de mármol.

—Padre, no seas absurdo...

Él levantó la mano y silenció a su hijo. Sonreí con suficiencia.

—Esta Sombra es un inconveniente, pero tenemos problemas más grandes, Espada mía. La señora Hildegard me ha informado de que tiene motivos para creer que lord Curringham está aliándose con los fae oscuros.

Las mejillas del rey se habían tornado completamen-

te rojas. Después de varios intentos por asesinarlos a todos, su alianza con los fae oscuros era, en el mejor de los casos, débil. Cuando las Guerras de Sangre terminaron y su población mermó casi hasta el punto de la extinción, los fae oscuros acordaron firmar un tratado con el rey. No interferirían con la Corona o el recién fundado reino de Eilverath; a cambio, se les permitiría vivir el resto de sus vidas inmortales en las Tierras de Fae. Ahora que su última hembra había muerto, los fae oscuros ya no podían transmitir su magia. Su raza estaba condenada a agostar sus vidas inmortales con los pocos elfos que no habían conocido la espada del rey Aemon.

—Ambos son nuestros aliados —intervino Damien en un tono burlón—. Sin duda, esta Sombra es más importante.

—Son mis aliados, pero la única razón por la que los fae oscuros no se han rebelado contra mi reino es porque no tienen los números necesarios. ¡No planeo dejar que esos bastardos pacten con mis propios nobles bajo mis malditas narices! —El rey resopló, examinando a su hijo.

—Los fae oscuros jamás se levantarían contra ti —banalizó este, agitando la mano—. Tú eres su rey.

El rey se llevó los dedos hacia la sien y sacudió la cabeza.

—Eres un necio si crees que los fae oscuros alguna vez me han considerado su rey.

Una fría calma se instaló en la habitación. Me recordó el momento previo a un ataque, justo antes de que comience la violencia.

—¿Para qué les sirve a ellos una corona? —incidió Damien, encogiéndose de hombros—. Sus poderes se han desvanecido. Su raza está condenada.

Se examinó las uñas. Su padre frunció el ceño.

—Tú, hijo mío, ya has vivido más tiempo que cualquier mortal antes que yo, pero tus décadas no son nada comparadas con las de los fae. Yo he vivido siglos, pero aún hay fae respirando que han vivido cerca de diez mil años. Mientras vivan, siempre serán una amenaza —sentenció el rey con los ojos entrecerrados, dirigidos hacia el príncipe.

—A los elfos los liquidaste sin muchas complicaciones. Sin el uso completo de sus poderes, los fae son iguales —insistió Damien, aunque el color de la cara se le había desvanecido. Se alejó de la silla de oro de su padre.

—Solo contamos con la sospecha de que los poderes de los fae han seguido desapareciendo. No tenemos a nadie que lo confirme en tanto dure el tratado. —El rey sacudió la cabeza—. Y los elfos fueron derrotados porque eran una abominación. Los hijos no mágicos de los fae nunca debieron existir. Eran antinaturales. Parásitos marcados por los dioses con esa sangre marrón... Las criaturas antinaturales son fáciles de matar para los justos. No será tan sencillo eliminar a los fae —zanjó con voz cortante, jugando con el gran anillo de oro que descansaba sobre su dedo corazón. Tenía grabado el escudo de una espada ardiente, la misma que había usado durante las Guerras de Sangre contra los elfos, una especie maldita que había robado las tierras de los fae y los hombres. Los dioses recompensaron al rey por purificar la tierra con un año de vida por cada elfo que había matado. O al menos esa era la historia que obligaba a los juglares de la corte a contar.

El rey me pilló mirándole el anillo. Me enderecé y me volví hacia el príncipe.

—Lord Curringham no es una amenaza. ¡Es el Señor de las Flores! —Damien se rio entre dientes, usando el apodo que le había dado al noble como una broma cruel.

A su padre se le tensó la mandíbula y el pecho se le hinchó más.

No tenía intención de corregir a un miembro de la casa real, pero Damien estaba equivocado. Lord Curringham tenía la posición perfecta para ser un aliado de los fae. El rey parecía estar de acuerdo.

—Curringham podrá ser un zoquete —dijo—, pero produce la cosecha más grande de todas las del reino.

—Cosecha de maíz y trigo —murmuró Damien, dejándose caer en la silla que descansaba junto a su padre.

—Así es. Justo los productos que alimentan al reino —señaló el rey mientras los nudillos se le tornaban blancos—. Y ahora que los huertos orientales han fallado, las tuyas son las únicas fuentes de *winvra* que nos quedan.

Cogió su cáliz y lo arrojó al otro lado del salón.

—Padre —dijo Damien, incorporándose.

Al fin había notado la irritación que irradiaba el monarca. Miró hacia el trono y luego hacia mí.

—Tal vez deberíamos tener esta conversación solos. El rey bufó.

—Estoy seguro de que mi Espada ya es consciente de que mi hijo es demasiado tonto como para darse cuenta de que el mismo reino que espera heredar puede ser susceptible de caer.

Me quedé congelada. Sentía los crueles ojos del príncipe taladrándome la carne. Respiré hondo, mirando directamente frente a mí. Podía oírme el corazón latíendome en el pecho. Damien me haría pagar por ese comentario más tarde.

—Los fae oscuros son demasiado débiles como para atacar a la Corona —afirmó Damien, retomando el tema. Ante la de su padre, su voz se había convertido en un chirrido bajo.

—Los fae oscuros ejecutan sus planes a lo largo de siglos. —El rey estampó un puño contra el reposabrazos del trono—. No te dejes engañar por su complacencia, muchacho. Es una artimaña como cualquier otra. Pueden ser pocos, pero no carecen del beneficio del tiempo. Se pasan esperando años, vidas enteras, a que la Corona muestre una señal de debilidad. No es un buen augurio que las penumbras hayan escuchado rumores de una alianza ahora.

El rey agarró el colgante de oro que llevaba en el pecho y lo frotó con los dedos de manera protectora.

—¡La Corona sigue siendo tan fuerte como siempre lo ha sido! —dijo Damien, extendiendo los brazos a los lados. Cuando su padre le lanzó una mirada fría de desaprobación, los replegó.

Me agarré la muñeca por detrás de la espalda y me forcé a cerrar la mandíbula. La Corona era tan rica como siempre, pero su gente tenía hambre. Con la motivación correcta, ese malestar podría propagarse como un incendio por todo el reino.

—¿Crees que es una coincidencia que los fae oscuros hayan comenzado a actuar justo cuando la *winvra* empieza a escasear? Por lo que sabemos, bien pueden ser ellos mismos quienes estén drenando la magia del suelo —explicó el rey con un puño tembloroso.

La *winvra* era una de las pocas plantas mágicas que todavía crecían en Elverath. Por lo general se reconocía por sus enredaderas carmesí y hojas negras, pero su verdadera magia reposaba en sus bayas. Bayas del co-

lor de la noche que podían crear todo tipo de brebajes curativos y frutos color sangre que podían envenenar una mesa entera con una sola gota de su jugo. La *winvra* necesitaba magia para crecer, magia que los reinos mortales al otro lado del mar no tenían. Pero la magia en Elverath llevaba milenios desvaneciéndose, y parecía que ahora lo hacía con aún más rapidez.

En su trono, el rey se inclinó hacia delante. Sus ojos eran dos finas líneas verdes con las que miraba a su hijo.

—Todo el reino caería si lord Cunningham se aliara con los fae oscuros. Explicarte estas movidas políticas a los veinte años era admisible, pero estás llegando a tu tercer siglo. Tal vez deberías pasar menos tiempo en fiestas y más tiempo en tus estudios. Aprende un poco de tu hermano —agregó.

El príncipe se sonrojó y tensó los labios contra los dientes. Sentía poco afecto por su hermano Killian; por eso al más joven se lo veía muy poco en casa.

—Sí, padre —dijo Damien con los dientes apretados.

—Bien. Esta Sombra se está convirtiendo en una molestia, pero debemos abordar la amenaza más grande y asegurar la lealtad de lord Cunningham antes de que ocurra otro desastre. Una vez que la magia se desvanezca de sus tierras, no tendremos nada que cosechar. El Señor de las Flores bien podría convertirte en un príncipe de mendigos, muchacho —concluyó el rey.

Damien se agarró el muslo con tanta fuerza que pensó que la tela se rasgaría. La decepción de su padre levantó un escudo tan desafiante en el príncipe que se le endureció la mirada. Aquello que más odiaba era que lo compararan con su hermano.

Finalmente, inclinó la cabeza en señal de penitencia.

—Por supuesto, padre.

El rey negó con la cabeza antes de volverse hacia mí.

—Espero que te vayas pronto, Espada mía. —Me enderecé y asentí—. No quiero darles a esos fae más tiempo para ejercer su mal sobre Curringham —añadió—. Te irás por la mañana.

—Me habré ido al amanecer —respondí de inmediato. En la capital no había nada para mí excepto un baño y una cama calientes.

—¿Necesitarás la ayuda de las penumbras? —preguntó el rey.

—No, Su Majestad. Prefiero...

—Trabajar sola —terminó él por mí—. Que así sea..., pero trabaja rápido. Primero la Sombra y ahora los fae. Si algo más comienza a colarse entre las grietas, es posible que tenga que encontrar una nueva Espada.

Se me cortó la respiración al tiempo que un escalofrío helado me recorrió la columna vertebral.

—¿Y qué debo hacer con lord Curringham? —pregunté antes de retirarme.

—Preferiría que siguiera con vida. Al menos por ahora —señaló el rey. Un destello de luz roja de los soles ponientes le brilló en los ojos—. Saber que su lealtad se está resquebrajando podría resultar útil. Si encuentras alguna prueba de traición, puedes matar a tantos fae oscuros como quieras.

Asentí.

—Como desee, Su Majestad.